



























































































































## CONCLUSIONES

Luego de haber cotejado las lecturas de Fausto (1830) de J.W. Goethe y De sobremesa (1925) de J.A. Silva, escritas en momentos distantes en el tiempo como son los del Romanticismo y los del Modernismo, concluimos en que ambas coinciden en más de una temática. Como dije en la Introducción, la crítica literaria ha estudiado la influencia de la literatura francesa de fin de siglo XIX en De sobremesa, y mi propuesta se centra más bien en la influencia del Romanticismo alemán de Goethe sobre Asunción Silva.

Una de las características más notables de De sobremesa son las numerosas referencias que hay a autores y obras literarias, musicales, pictóricas y filosóficas que muestran el diálogo intelectual que Silva sostuvo con éstos. Si bien este trabajo cumplió con el objetivo de demostrar la relación intertextual entre De sobremesa y el Fausto, hay otros autores que también son mencionados por Silva y que pertenecieron al Romanticismo europeo como es el caso de Alfred Tennyson, Percy Shelley, Heinrich Heine y Víctor Hugo, entre otros.

El mismo procedimiento de seguimiento de fuentes textuales que apliqué al estudio de la relación intertextual entre Goethe y Silva se puede reproducir con una infinidad de otros autores que Silva menciona a través de su protagonista alter ego y que no sólo fueron escritores en el campo de la literatura sino también en el campo científico. Dadas las referencias a muchos de los grandes psicólogos del siglo XIX que revolucionaron nuestra manera de pensar la psique, pienso que Silva se interesó y estudió las teorías sobre el alma y el comportamiento humano.



Recordemos su reiterada alusión al psiquiatra Max Nordau, al psicólogo Paul Bourget y al neurólogo Jean Martin Charcot. En este sentido, me interesaría estudiar en un futuro el lugar central que tuvo la psicología y el psicoanálisis en la obra de Asunción Silva.

Al contrastar el perfil del protagonista de De sobremesa, José Fernández, con la dupla indisociable que forman Fausto y Mefistófeles, hemos despejado un camino que no ha sido transitado por la crítica literaria latinoamericana. He propuesto que la búsqueda de experiencias desenfrenadas, el afán por vivir sensaciones intensamente nuevas y el ir más allá de los límites impuestos por los valores de la sociedad burguesa-cristiana, definen a los personajes de ambas novelas. José Fernández y Fausto comparten el mismo proyecto de vida de alcanzar un sentido auténtico a la existencia. Y no importa si para lograrlo tienen que vender su alma al Diablo o ejercer el mal por el simple placer que produce.

Tanto Silva como Goethe son dos escritores que reivindican los aspectos mórbidos y siniestros de la experiencia humana porque tienen la certeza de que la belleza va más allá de lo místico, lo moral o el Bien (a lo mejor esta es la razón por la que Silva se interesó tanto por estudiar las disciplinas psicológicas que explican la naturaleza del ser humano más allá de cualquier Ética). Goethe y, mucho tiempo después, Silva construyeron personajes que hacen del mal y de la transgresión un estilo de vida legítimo y que proponen una nueva estética que yo he llamado “la estética de la crueldad”. No es el mal por el mal lo que ambos movimientos literarios reivindican. Es el mal que responde a una búsqueda de experiencias totalizadoras y a un plan de crecimiento y desarrollo personal y colectivo.

Recordemos que el Romanticismo nació de la necesidad de incluir en la literatura aspectos de la experiencia que habían sido censurados como son la maldad, el sadismo, el erotismo tanático y lo patológico. Lo siniestro y lo mórbido se convierten en los temas preferidos de los artistas románticos. Asimismo, el ejercicio de la violencia y el sometimiento del otro pueden llegar a ser para los personajes del Romanticismo y el Modernismo experiencias tan sublimes como para otros sería contemplar o leer una obra de arte. Recordemos a Fausto disfrutar de corromper a Margarita y a José Fernández de gozar engañando a varias prostitutas de lujo.

En el primer capítulo, intento definir el mal en el marco del Romanticismo. Para efectos de este trabajo considero el mal como sinónimo de crueldad o sadismo y me he limitado a describirlo en los ámbitos que con mayor potencia se manifiesta en Fausto y De sobremesa: la sexualidad y el ejercicio del poder político.

Como hemos visto en el primer capítulo, según Sigmund Freud tanto la sexualidad como el sadismo son pulsiones innatas en el ser humano y como tales no pueden ser consideradas tabú. Más aun, la sexualidad y el ejercicio del poder son hechos indesligables de la pulsión cruel. Ocuparnos de la sexualidad implicó necesariamente considerar las imágenes que sobre la mujer construyó la literatura del siglo XIX, en especial el Romanticismo. Desde tiempos ancestrales la mujer ha sido una figura enigmática y hasta peligrosa porque significó lo desconocido, lo que no puede entenderse según el patrón del discurso hegemónico de lo masculino. El personaje femenino que construyó el Romanticismo fue víctima de las proyecciones de los miedos del varón hacia su propio mundo interior aún no reconocido en toda su complejidad y, al mismo tiempo, fue un objeto de

admiración e idealización. Ambas tendencias están claramente delineadas en Fausto y De sobremesa.

El otro espacio donde el mal cobra clara fisonomía en las novelas trabajadas aquí es en los dominios del poder político. En este género del mal utilicé la propuesta teórica de Terry Eagleton quien ha asociado el recrudescimiento del potencial destructivo del hombre con el advenimiento de la modernidad. Marshall Berman, otro de los autores trabajados en el marco teórico, ha subrayado que el mal o la capacidad destructiva del hombre es un requisito indispensable de la creatividad. Estas propuestas me sirvieron para entender que el mal que Mefistófeles encarna y que Fausto asume como propio y el sadismo erótico que Fernández practica con libertad están al servicio de una búsqueda de trascendencia y autenticidad.

En el segundo capítulo me sirvo de estas ideas teóricas sobre el mal para el análisis propiamente dicho de la relación intertextual entre los personajes de Fausto y De sobremesa. Si bien José Fernández es un claro sucedáneo de Fausto/Mefistófeles, considero que la presencia de Helena de Scilly Dancourt en De sobremesa es también un homenaje a Helena de Troya de Fausto. Ambas Helenas tienen un significado importante en mi lectura pues representan al objeto femenino como inalcanzable y prohibido. Coincido con algunos estudiosos de De sobremesa que Helena es un personaje fantasmagórico que le permite a Fernández sublimar su ambivalencia en torno a la mujer. Helena de Troya en Fausto, aparece como un espíritu que encarna el arquetipo de las Madres y que hay que necesariamente encontrar para continuar con el viaje hacia la redención. Ella es al mismo tiempo figura materna redentora y figura temible. Al final del capítulo, concluyo que en ambas novelas, las Helenas no sólo son receptoras de









